

## PROFESOR JOSÉ MARÍA NASARRE CASCANTE

por

ANTONIO BELTRÁN MARTÍNEZ

Podría decirse que la Humanidad está compuesta más de muertos que de vivos; que somos, en nuestro obrar, la compleja suma y herencia de cuantos nos han precedido y que, cuanto más próximos a nosotros han estado y vivido más fuerte es la dependencia respecto de ellos muy por encima y más íntimamente de lo que imaginamos propio.

Y añadir a este planteamiento que sólo el olvido es la verdadera muerte. Y con los clásicos, cuando recordemos a alguien para que continúe viviendo en nuestros corazones, asegurar que *Non obiit, abit*, no murió, se ausentó, pero en realidad sigue entre nosotros. Y es seguro, que en nuestra manifestación de afecto hay un tantico de egoísmo porque el hombre muere cada vez que pierde a uno de los suyos si se resigna a perderlo. Por eso estamos aquí, por José María Nasarre y por nosotros mismos, para no resignarnos, por no olvidar y seguir manteniendo la llama viva y casi divina del recuerdo. Para que José María siga vivo.

Pues en tal ejercicio de amor y presencia, aunque sea con la angustia de sentir que tan hermosas palabras y deseos no alcanzan del todo a conservar el tacto físico con el amigo, nos reunimos hoy quienes hablamos y quienes nos escuchan, amigos y deudos de José María, quienes seríamos, en definitiva, diversos cuerpos en un solo espíritu, según hermosa definición que podría aventurarse de la familia y la amistad.

En la misma forma que hace ya tiempo, –aunque sigamos en el mismo recuerdo de entonces–, dijimos de Fernando Solano, repetimos hoy con asombro que, al tratar de reanudar diálogos interrumpidos y estrechar manos y cuerpos que no se aproximaron tanto como hubiéramos querido, advertimos cuánto omitimos de lo que pudimos haber hablado y sentido y viene a dominar nuestras reflexiones la imposibili-

dad de reducir la paradoja hecha carne de un ser humano, con su infinita complejidad, a unas cuantas notas independientes que le definan, por más que pongamos a contribución nuestro afecto y lloremos ausencias mejor que acerar nuestro cuidado en analizar conductas.

Es decir, que tras de las síntesis de Zubiri hablando del político, de Serrano del escritor, de Mateo Blanco del miembro de una familia y de la mía trazando su perfil de profesor, quedarán en el vacío infinitas facetas por integrar y nos parecerá que tenemos en las manos el cuchillo de Shylok sin que, en nuestra torpeza, podamos separar de las demás una porción del íntegro cuerpo de José María Nasarre sin que brote la sangre que las une a todas en un conjunto que resiste mal el embridamiento del panal en las celdillas, tal como Terencio decidió en su maravillosa definición del Humanismo, *homo sum humanis nihil a me alienum puto*. Puesto que soy hombre, no juzgo que sea ajena a mí cualquier cosa humana.

Es decir, la conclusión a que llego es que ¿cómo vamos a entender lo que fue José María Nasarre y lo que significó para nosotros si aislamos lo que tuvo de escritor, o de lector, de político o de profesor, de esposo y de padre, en suma de Hombre, si no lo contemplamos a través de cuanto esencial informó a todas y cada una de tales manifestaciones?

Desde los más antiguos tiempos las oraciones fúnebres fueron frangentes coronas que agruparon circunstanciales florecillas de alabanza y amor, capaces de teñir y apartar cualquier otro sentimiento que tentase a la objetividad del historiador. Y yo me he esforzado, al tratar de aislar lo que en José María hubo de vocación y dedicación a la enseñanza, en hallar lo que me parece que era más fuerte que esa vocación o, al menos, el punto original de donde brotaba. Y he advertido, inmediatamente y con nitidez, que todas sus actividades se apoyaban sobre abstracciones humanísticas y morales como la bondad, la medida, la moderación y sencillez, y la religiosidad sirviendo a una clara inteligencia y a un esforzado trabajo.

Y creo que fue sujeto de innumerables tareas de profesor, más del maestro que educa que del *domine* que instruye, que vendrían a marcar las pautas maestras de un cañamazo, el que intento bordar aquí, en el que cada vacío se llene con puntadas multicolores, en las que dominen el derecho y el sentido jurídico con tal fuerza que pronto vienen en mi auxilio viejos jurisconsultos para permitirme ofrecer una estampa de nuestro amigo. Cuando Ulpiano definía el Derecho, la Justicia y la Ley parece que estaba dando pautas para saber lo que eran la bondad, el bien, el equilibrio, el sosiego y la felicidad y vienen a la medida de lo que

podría ser un perfil básico de José María Nasarre. *Honeste vivere, alterum non loedere, suum quique tribuere*. Vivir con honradez, no hacer daño a nadie, dar a cada uno lo suyo.

Y para cada una de estas notas, gentes de todos los tiempos han acuñado sentencias y máximas que convienen sin vacilaciones a la sencillez del cañamazo que estamos labrando. Basta recordar palabras sueltas o párrafos enteros de José María para saber que tal vez habría podido referirse a él San Alfonso María Liguorio cuando escribió que “conformarse con la voluntad de Dios es la oración más hermosa del alma cristiana”. O en apoyo de su sensatez y ponderación lo que los griegos escribieron: “de nada demasiado” que el buen sentido de nuestras gentes mejoró al explicar como norma “de todo un poco, de nada mucho” y, en definitiva, cuando a la hora de buscar un *curriculum* con vanidades y logros se llegue a la conclusión de que, como decía un hombrecico de mi pueblo, “no todo lo grande es bueno, pero todo lo bueno es grande”.

Y José María Nasarre era bueno, por esencia y accidente y por eso, seguramente, su buen corazón de espíritu quebrantó la mala ventura que le acechaba en su corazón víscera y cuando la providencia cumplió con la máxima de San Bernardo “Homo de humo” (el hombre, barro nacido del barro) o con el *memento homo* de nuestras cenizas, había ganado con creces el vivir eternamente, en sus creencias y en nuestros espíritus.

Yo podría, para cumplir con el cometido que me ha sido asignado, leer o extraer el *curriculum* o la “hoja de servicios” que la administración, que convierte a los hombres en números, guarda en la facultad de Derecho de Zaragoza donde obtuvo premio extraordinario de Licenciatura o aducir los diplomas del Instituto de Estudios Políticos, en los cursos para secretarios de Tribunales Tutelares de Menores o Cooperación, y anotar con la gélida prosa de un expediente su ayudantía de Derecho Político en la Facultad de Derecho (1945 a 1954), su nombramiento de titular de Formación Política (desde 1945 hasta 1977) y de profesor de la Escuela Social (desde 1945 hasta 1987) con añadidura del mismo cargo en la de Gerentes Cooperativos desde 1963, y añadir que explicó la doctrina del Derecho Sindical y Corporativo, Organización Administrativa y Política del Estado Español, Evolución de las doctrinas económicas y sociales, el derecho cooperativo y cuanto con estas materias se relacionaba. Todo en centros de enseñanza zaragozanos. Pero no lo haré.

Prefiero escapar de la prosa de catalogación a que nos acostumbran los ficheros que encorsetan la hermosa multiplicidad de nuestra vidas y bucear en el sentido de la educación y la instrucción, es decir de la

enseñanza, que pienso que dominaba la actividad profesoral de José María Nasarre y sobre el que tuvimos muchas ocasiones de departir, estar de acuerdo o, ¿por qué no?, discrepar.

El ser profesor es sentar un talante. Enseñar es aprender dos veces, la primera cuando se incorpora un saber y luego cuando se pone a disposición de los demás. Quizá enseñar no sea otra cosa que el arte de despertar por parte de los docentes la curiosidad de los demás, de los discentes, para poder satisfacerla directamente o a través de otros.

Porque coincidíamos en que la verdadera enseñanza no es la que infunde nociones completas y bien definidas para ser almacenadas y repetidas sin criterio, sino la que capacita para que cada uno por sí mismo, edifique buenas nociones. Y por tal camino llegaríamos a la idea de la cultura tanto como aquello que el hombre añade a la naturaleza cuanto las creaciones de la inteligencia y el espíritu de los hombres que no se han limitado a repetir lo que aprendieron sino que arrancaron de sus entrañas o de los misterios del mundo briznas de verdad, de bien, de novedad.

Es decir, que hay que aprender para poder enseñar, comunicar y compartir; compartir es amar si el amor reside en tener cosas en común; y enseñar, como cualquier otra ocupación o trabajo debe cumplirse con alegría y amor que son las alas de las grandes acciones. Y para aprender hay que leer en los libros y en la vida y escribir de los libros y de la vida. Y José María Nasarre fue profesor en las aulas y en las lecciones y seguía siendo profesor y enseñando cada vez que escribía con una vocación irrenunciable.

Y por este camino llegamos a que pueda completar, no sé si con suficiente rigor, el cañamazo donde con una fecha de nacimiento y otra de ausencia se resume la vida de José María Nasarre, es decir 76 años de cumplir con cuanto se impuso como deber. Era un humanista en el más hermoso sentido de la palabra. Creía en la bondad de los demás porque era bueno. Decía con sus palabras lo que llevaba en el corazón, según la máxima del Eclesiastés *ex abundantia cordis os loquitur* y estoy seguro que cuando conocieron la noticia de su muerte miles de alumnos fueron la caja de resonancia de sus virtudes. Los textos sagrados por la pluma de San Lucas sentenciaron, no obstante, "si los discípulos callaran gritarían la piedras".

Pues bien, José María Nasarre aprendió para enseñar, enseñó para aprender, regaló cuanto supo atesorar como propio a todos los demás, compartió bondad, bien y belleza con cuantos le rodearon y conocieron

y dejó memoria eterna de cuanto hizo. Escribió la historia callada que viven los hombres de bien.

Y nosotros, quienes convivimos cerca de medio siglo de semanales comunicaciones, de acontecimientos familiares y personales compartidos, de ser simplemente amigos (“amigos sois la mitad del alma mía” escribió alguien), estamos actuando de nôtarios de cuanto recibimos y de oficiantes en un altar de la gratitud y del recuerdo para asegurar que no olvidaremos nunca y que José María Nasarre, por consiguiente, vivirá siempre.

Es éste un acto académico que me gustaría teñir de intimidad y de afecto y despojarlo de cualquier ropaje que nublará la sinceridad y la sencillez, como le hubiera gustado a José María. No quisiera que ninguna de mis palabras sonase, ni remotamente, a rutina ni a “academismo” que suele decirse que es una careta erudita que encubre los sentimientos. Con ellos en las manos y en la boca, saliendo del corazón, y con la emoción del recuerdo compartido quiero, no obstante, cumplir con la afectuosa rutina creada por nuestra cultura de expresar a Conchita Sarmiento y a sus hijos, y a los parientes y amigos de José María Nasarre aquí presentes y a los ausentes y a cuantos recibieron una enseñanza suya y una suya muestra de amor, que un breve silencio tras estas palabras sea la reanudación de todas las palabras y todas las obras que nos fueron comunes para que el dolor se traduzca en gozo, *¡Ave et vale!*, como fórmula de adiós y con ella cuantas todas las religiones del mundo crearon para desear la paz y la luz eterna a quienes viven otra vida después de la muerte.